PERSECUCIONES

CONTRA

EL CRISTIANISMO.

Catorce grandes persecuciones sufrió el cristianismo, ó como dijo poéticamente Chateaubriand, catorce grandes batallas se le dieron bajo los emperadores romanos, y cada una de ellas fue una victoria; en cada una de ellas corrió á raudales la sangre de los cristianos, y cuanto mas soldados perdia el cristianismo, mas y mas fuerte se hacia y poderoso, porque el martirio de los fieles ha sido uno de los medios mas enérgicos de triunfo y de propagacion de la religion cristiana. Aun no habia transcurrido un año despues de la muerte de Jesucristo, cuando ya contaba la cruz adoradores y mártires: San Esteban condenado á muerte en Jerusalen nueve meses despues del suplicio de su maestro tuvo la honra de ser inscripto el primero en el catálogo de los héroes de la fé. Esta persecucion produjo ciertamente gran muchedumbre de víctimas, pero no tuvo sin embargo el carácter de

una medida jeneral, siendo dirigida mas bien contra individuos cristianos que contra el cristianismo.

La segunda persecucion empezó en el año 64 de nuestra era, bajo el reinado de Neron. En uno de los arrebatos de su furiosa crueldad habia hecho este emperador prender fuego á Roma para gozar del espectáculo de una gran catástrofe, y abrir tambien ancho campo á su manía de edificar: mas como empezase á divulgarse la parte que habia tenido en tan horrible locura, se le ocurrió hacer recaer sobre otros la odiosidad que iba levantándose contra él, y á este fin acusó del incendio á los cristianos. Temia entonces la nueva religion contra sí la enemistad de la mayor parte del pueblo romano, y así fue muy bien acogida la ocasion de perseguir á sus sectarios por mas que clara y evidentemente se hallase demostrada la inocencia de los cristianos segun el testimonio de Tácito mismo. Fué ordenada la persecucion por edicto público, y duró hasta la muerte de Neron ocurrida en el año de 68; procedióse á ella con ciego furor y contó entre sus primeras víctimas á San Pedro y á San Pablo, cabezas, por decirlo así, de esta segunda série de mártires.

El atroz Domiciano fue el que en el año de 90 ordenó la tercera persecucion, y calificando de crimen al cristianismo en un edicto, decretó contra él penas crueles ó por impulso de temores políticos contra los descendientes de David que pudieran restablecer la independencia de la Judea, ó por falsas interpretaciones de algunas espresiones figuradas de los evangelios, relativas al reino de Jesucristo, tomadas al pie de la letra por el suspicaz emperador, ó mas bien quizá que todo esto por su insaciable sed de sangre. La muerte de Domiciano en el año de 96 puso fin á esta lamentable época, á la cual pertenecen el martirio y milagrosa preservacion de S. Juan el del Apocalípsis, y término á aquellos multiplicados suplicios que no perdonaron ni aun á los individuos de la familia imperial.

Los intereses del paganismo, que era la religion del estado, unidos á ciertas ideas de órden determinaron á Trajano á defender las asambleas ó asociaciones cristianas; pero á pesar de esto los gobernadores de las provincias traspasando los decretos imperiales cometieron contra los cristianos inauditas crueldades, de manera que la cuarta persecucion tiene su fecha en el reinado de aquel español ilustre, de uno de los mejores y mas grandes soberanos que han imperado en Roma. La violencia misma del rigor hubo al fin de apaciguarle; pues tan fecunda se hizo la sangre de los mártires, que á los diez y nueve años que transcurrieron desde el de 97 hasta el de 116, un gobernador de Judea escribía al emperador diciendo que no habia ya verdugos bastantes para herir á todos los culpables: Trajano entonces ordenó que la persecucion cesára.

El advenimiento al imperio de Adriano que tambien por consideraciones políticas se creyó obligado á aplicar vigorosamente las leyes que proscribían el establecimiento de un nuevo culto, fue la causa que suscitó contra el cristianismo la quinta persecucion. Duró esta desde el año 118 hasta el de 126, en que, persuadido el emperador por los discursos de un obispo y de un filósofo cristianos dió orden de interrumpir los suplicios; sin embargo hácia el fin de su reinado se renovaron parcialmente, produciendo todavia otros mártires que vinieron á ganar para su fé nuevos discípulos.

En el reinado de Antonino tuvo principio la sexta persecucion. El emperador mas bien que prescribirla puede decirse que la toleró, pues que únicamente prohibió la lectura de los evangelios que desviaban al pueblo de los altares de los falsos dioses; pero las autoridades romanas confundieron á los cristianos en la sentencia dada contra sus Escrituras, y otra vez quedó proscrita la religion de Cristo por espacio de quince años (desde el 138 hasta el 153). Grandes calamidades públicas, el hambre, el incendio, las inundaciones, los terremotos habian desolado el imperio en el 153, cuando el piadoso Antonino dispuso rogativas para implorar la compasion de todos los dioses, y en su mortal angustia llevó sus plegarias y aun sus votos hasta el pie de los altares cristianos; cesó, pues, la persecucion, y solo muy de tarde en tarde se vió ya caer alguna que otra víctima.

Un nuevo reinado, el de Marco Aurelio, renovó para los cristianos los dias de pruebas y de gloria, y durante los doce años que transcurrieron desde el 161 hasta el 174 volvió á ponerlos en el caso de dar la vida por defender su creencia; hasta que produciendo una gran mudanza en el ánimo del emperador las victorias alcanzadas sobre los bárbaros, y debidas al valor y á las oraciones de la *legion fulminante* compuesta toda de cristianos, se transformaron los decretos dados hasta entonces contra los cristianos en edictos que ordenaban se les protegiese, é imponian penas á sus enemigos, en tal manera que el acusarlos era un crimen que se castigaba con el suplicio del fuego.

Largo espacio de reposo tuvo por entonces el cristianismo despues de aquella séptima persecucion, pues que la octava no comenzó hasta el año 200, siendo Severo emperador, y aunque á los principios se decretó tan solo contra los judios y los gnósticos, cuyos escesos merecian castigo, luego se hizo estensiva á los cristianos, los cuales no se vieron tranquilos en el egercicio de su culto hasta que hubo muerto Severo el año 211.

La novena persecucion sucedió en el 235 bajo el reinado del emperador Maximino; y durante los veinte y cuatro años que mediaron, si algunos cristianos recibieron la corona del martirio, á lo menos no se tomaron medidas contra la iglesia en comun. Maximino tampoco tenia intencion de castigar mas que á los gefes de la cristiandad, pero aun esta vez fueron sus órdenes escedidas por sus ministros, que despues de haber herido á los pastores se encruelecieron contra el rebaño. El emperador Decio ordenó una nueva persecucion (año 249) diez años despues de haber cesado la novena por medio de un edicto de los mas rigorosos, que produjo gran número de víctimas en los dos años de aquel reinado. Los emperadores Galo y Volusiano, sucesores de Decio despues de haber hecho suspender por un momento los suplicios, mandaron muy luego que continuasen las medidas de rigor, reproduciendo el edicto de su antecesor, que siguió vigente hasta el fin de aquel reinado.

En el año 257 renovaron Valerio y Galiano el edicto de Decio, que era un decreto de proscripcion general contra el cristianismo, añadiendo á los anales cristianos la oncena persecucion. Duró esta unos tres años, al cabo de los cuales gozó la iglesia por espacio de otros trece de una profunda tranquilidad, turbada únicamente por algunos actos aislados de opresion ó de violencia en las provincias mas alongadas.

La duodécima persecucion acaecida bajo el imperio de Aureliano cesó en poco menos de dos años, y fue seguida de una larga trégua que duró desde 275 hasta 303. Y aunque en este tiempo de paz fue cuando ocurrió en el Valés el martirio de la legion Tebana (en 286), mas bien acaso debe considerarse aquel célebre suceso motivado por razones de disciplina, que ocasionado por causas religiosas. La legion entera que se componia de cristianos rehusó asistir á un sacrificio que se hacia á los falsos dioses concurriendo todo el ejército, y entonces el general romano condenó á muerte á los soldados que la

formaban, mas bien en concepto de rebeldes que de cristianos.

Los nombres de Diocleciano y Maximiano han quedado asociados á la persecucion décimoterceia, que fue una de las mas largas (de 303 á 325) y de las mas violentas, cuya odiosidad debe recaer totalmente sobre el emperador Galerio: él fue quien despues de haber obligado por la fuerza y por la astucia á Diocleciano y á Maximiano á promulgar el edicto de proscripcion, le aplicó con rigor impío luego que llegó á regir el imperio en union de Constancio Chloro en 304; y solo mandó suspenderle en 311 llevado de la idea de que una enfermedad dolorosa que le habia acometido haciéndole padecer crueles tormentos, era efecto de la venganza del Dios de los cristianos, á quien procuró aplacar dejando de proscribir el culto de sus altares. Pero muerto Galerio, los emperadores Maximino y Licinio volvieron á su vigor las leyes promulgadas contra los cristianos; y, especialmente entre los años de 320 y 324, Licinio desplegó una severidad escesiva contra los adoradores de la cruz: Constantino, quitándole la vida juntamente con el trono, fue el que dió fin á esta persecucion.

Parecia que la conversion de Constantino debia terminar los tres siglos de pruebas al través de las cuales se habia engrandecido el cristianismo con tal vigor, que ya se estendia mas allá de los remotos límites del imperio. Hecha la religion cristiana religion del estado, y apoderada hasta del trono imperial, no habia apariencias de que debiese temer nuevas persecuciones; sin embargo, todavía no estaba cerrado definitivamente el catálogo de sus mártires. Las medidas de rigor tomadas por los emperadores Constancio (337) y Valente (366) sectarios de Arrio, fueron dirigidas, cierto, contra el catolicismo únicamente y no contra las creencias cristianas, pero entre uno y otro emperador, Juliano apóstata se desencadenó contra el cristianismo en general, y abrió la décimocuarta persecucion de las emanadas de los Césares, que duró un año, y no fue de las menos violentas.

Esta fue la postrera de las persecuciones que tuvo que sufrir el cristianismo. Hasta veinte y seis cuenta la iglesia, pero entre ellas solo las ordenadas por los emperadores romanos tuvieron un carácter de proscripcion general, porque un edicto promulgado en Roma se ejecutaba en todo el mundo conocido, en Europa, Asia y Africa. Es por cierto un espectáculo tan doloroso como magnífico el que ofrecen los accidentes y circunstancias todas de esa larga lucha trabada entre el paganismo por una parte, revestido para herir de todo el poder material, de todos los recursos humanos, y el cristianismo por otra armado para resistir tan solo de una fe viva y profunda. El paganismo, exaltado hasta el furor por la inutilidad misma de sus esfuerzos de represion, agotó con la ingeniosa ferocidad de los salvages de la América los recursos de la tortura, para amplificar la pena de muerte combinada de todas las maneras: el hierro, el fuego, el hambre, los dientes y las garras de las fieras, todo se reunió para formar nuevos y espantosos suplicios. El cristianismo por su parte opuso á sus verdugos incansables fuerzas morales, indecibles prodigios de valor, de constancia, de resignacion y serenidad; forzosamente habia de triunfar.

Dudoso es en verdad si el mostrarse el pueblo romano animado de un furor de persecucion tan despiadado y tenaz contra los cristianos fue únicamente por adhesion al paganismo, ó porque sinceramente creyera en aquellos sus mentidos dioses; y da márgen á esta duda el considerar que cuando los primeros mártires derramaron su sangre, hacia ya largo tiempo que la razon ilustrada de los filósofos se mofaba de las fábulas mitológicas, y que los augures no podian mirarse unos á otros sin reirse. Podria tal vez deducirse de aqui que no fue el fanatismo pagano, ó á lo menos no fue solamente él, el que exigía que los cristianos fuesen arrojados á las fieras, y si esta sospecha tiene algun fundamento, la consecuencia no es muy favorable á los romanos del imperio. Ansiosos por gozar de aquellos sangrientos juegos del circo en que apacentaban sus ojos con la lucha de animales con animales, de hombres con hombres, y de animales con hombres, tal vez no les pesó que apareciese aquella nueva religion, que daba abundante provision de carne humana al pueblo-rey, y que prometia abastecer de actores para siempre á los dramas horribles del anfiteatro. Los combates de los gladiadores no hubieran bastado pasado cierto tiempo á saciar la sed de sangre de la ferocidad romana. "Ya no eran los romanos, dice Chateaubriand, aquellos hijos de Bruto que maldecian al gran Pompeyo porque hizo luchar á unos mansos elefantes! Eran hombres embrutecidos por la servidumbre, cegados por la idolatria, entre los cuales todo movimiento de humanidad se habia estinguido al tiempo mismo que el amor á su libertad." Y á no haber sido asi, ¿pudieran haberse hecho insensibles á todos los encantos de la virtud, de la desgracia, de la juventud y de la inocencia? ¿No hubiera alguna vez la voz de la piedad desarmado su cólera, cuando veian tantas y tantas generosas víctimas arrostrar la muerte con valor intrepido?

Tuvo, sin embargo, el pueblo romano un dia de clemencia. Habia sido condenada, en tiempo de Neron, á ser arrojada á las fieras una familia cristiana, compuesta del padre, la madre, y un niño de pecho: soltáronles en el circo un leon de desmesurada grandeza: y resuelto el infeliz padre á defenderse consiguió derribarle en tierra despues de haberle desgarrado la espantosa boca. Este triunfo de la fuerza material llenó de asombro á aquellos mismos espectadores que no eran capaces de comprender el mérito sublime de los mártires que morian por su fé sin oponer resistencia alguna, y levantándose con estrepitosas aclamaciones y aplausos, quedó indultada y salva la familia proscripta.

Este suceso ha dado asunto al escultor francés M. Maindron para el grupo que ofrecemos aqui grabado á nuestros lectores, el cual vaciado en yeso atrajo las miradas de los inteligentes en la última esposicion pública de Paris. Por muy dudoso que parezca el hecho de que un hombre venza á un leon en la lucha, la habilidad con que el artista ha presentado la actitud de la figura principal desvanece la inverosimilitud. La fiera clava las garras en el brazo y muslo izquierdo de su adversario, y en el momento en que abre la boca, echando el mártir una mano á cada una de las mandíbulas del leon, las separa vigorosamente, y las desgarra. Con tal arte ha representado M. Maindron esta accion, que parece que se oyen crugir los huesos de la fiera, y destrozarse sus carnes. Completan la admirable composicion de esta interesante escena la mujer arrojada con el tierno niño á los pies de su marido y en ademan de dar un doloroso grito, espantada á la vista del leon, y sintiéndose ya entre sus horribles garras. Este precioso grupo se habia de ejecutar en mármol, y se esperaba que al hacerlo, todavia recibiría del cincel mayor grado de perfeccion y belleza.

CARLOS V.

En la célebre ciudad de Gante, capital de la Flandes austriaca, que hoy pertenece al reino independiente de Bélgica, se hallaba el año de 1500 el archiduque Don Felipe, hijo del emperador Maximiliano I, con su esposa hija de los reyes católicos, á quien la debilidad de potencias y mengua de la razon en que cayó despues perpetuaron el nombre de *Doña Juana la loca*, cuando el 25 de Febrero, dia de S. Matías de aquel año, dió á luz esta señora un hijo á quien se puso por nombre Cárlos, tal vez en memoria del bisabuelo Cárlos duque de Borgoña, conde de Flandes. Si fuera dable al espíritu humano leer en el libro de lo futuro, los padres y abuelos de aquel tierno infante, á quienes tan grata satisfaccion causó su nacimiento, no hubieran tenido acaso fuerzas para soportar la idea de la celebridad, grandeza, y poder á que estaba destinado el augusto niño, cuyo imperio llegó á ser cuatro veces mayor que el de los emperadores romanos, y mas estenso que el de todos los monarcas que había entonces en el mundo. Murió aquel mismo año el príncipe de Asturias Don Miguel, y de consiguiente recayó la herencia de la corona, que Fernando é Isabel habian engrandecido é ilustrado, en la princesa Doña Juana y en Carlos su hijo primogénito. Poco tiempo la sustentó en sus sienes el archiduque, que con nombre de Felipe I y como marido de Doña Juana empuñó el cetro por muerte de la grande Isabel, pues habiendo fallecido esta en 26 de Noviembre de 1504, en cuyo mismo dia se alzaron pendones en Medina del Campo por su hija, ya en 25 de setiembre de 1506 era muerto Don Felipe, y recayó la sucesion por consiguiente en su hijo el príncipe Don Cárlos.

Hallábase éste en Bruselas cuando su abuelo Fernando el católico falleció gobernando por segunda vez el reino; y recibida la triste nueva, el príncipe escribió al cardenal Jimenez de Cisneros confirmándole la regencia de Castilla, y previniéndole que procediese á proclamarle rey en todo el reino, pues el emperador y el papa le daban este título en las cartas que le escribian. Tenia á la sazon el jóven rey 16 años, y aunque dotado de un carácter elevado y temple de alma superior, fue gran fortuna suya tener al frente de los negocios en España un hombre tan capaz de dirigirlos como Cisneros (1), porque á no haber sido así, el espíritu de desunion en que se hallaban los nobles, su ambicion mal reprimida, y otras causas ocultas de disturbios que secretamente

(1) Véase la vida de este hombre ilustre en el número 75 de nuestro Semanario.

fermentaban, hubieran podido acaso originarle graves disgustos, y producir serias y desagradables ocurrencias. No dejaba de ser pretesto especioso al descontento de muchos la conducta de la corte de Flandes, y el escandaloso tráfico que de los empleos se hacia, dando el primero el ejemplo Chevres, primer ministro y favorito del jóven monarca. Representó Jimenez al rey con energia las murmuraciones é indignacion que esta conducta corrompida de los flamencos causaba en el pueblo, suplicándole no difiriese su venida á España, en donde su presencia disiparia la tempestad que se iba levantando. Accedió D. Cárlos, y á mediados de agosto de 1517 se embarcó en Midlebourg con el señor de Chevres, Juan Salvago su canciller, y otros muchos caballeros flamencos. Acompañado de mas de ochenta embarcaciones hizo una navegacion feliz, y el 17 de setiembre llegó á Villaviciosa, puerto de Asturias, donde fue recibido con las mayores demostraciones de alegria, ofreciéndosele todos los homenages debidos de respeto y obediencia. Jimenez, informado de la llegada del monarca, se puso en camino para salirle al encuentro; pero una enfermedad violenta le atajó los pasos en Roa, y á pocos dias cortó el hilo de los de su vida, privando á Cárlos de un consejero fiel y experimentado, que tal vez hubiera con su prudente direccion conjurado la tempestad que de allí á poco se levantó. Sintió mucho el rey su falta, aunque tal vez no la apreció en todo su valor.

La primera diligencia de don Cárlos fué ir á visitar á su madre la reina doña Juana á Tordesillas, adonde concurrió el arzobispo de Zaragoza, regente de Aragon, á informarle del estado de aquel reino; pero el ministro Chevres se lo estorbó de todo punto, añadiendo á esta primera muestra de su perniciosa influencia el paso impolítico de obtener para su sobrino Guillermo de Croy, obispo de Cambray, la silla de Toledo vacante por el fallecimiento de Cisneros, cosa que llevó muy á mal la nacion entera. Echóse de ver bien claramente en estos principios, que la conducta del monarca se resentia de su inexperiencia, no menos que de la falta del conocimiento necesario del carácter, índole y costumbres del pueblo, que el cielo le habia encomendado, y confirmaron esta verdad los sucesos posteriores.

Tambien empezó por entonces la rivalidad y poca armonía que constantemente duró entre este monarca y el de Francia, pues como Francisco I le enviase al Señor de la Roche con el carácter de Embajador para felicitarle por su advenimiento al trono, oyendo Cárlos que á este cumplimiento acompañaba la indicacion de que cumpliéndose el tratado de Noyon, se restituyese el trono de Navarra á Enrique Albret, respondió á la embajada friamente y con tal ambigüedad, que el enviado y la corte de París no debieron de quedar muy satisfechos: de allí á poco se vieron confirmadas las disposiciones del rey contrarias á semejante cesion, cuando las córtes de Pamplona juraron fidelidad á Doña Juana y á Don Cárlos; y cuando poniéndose en todas las plazas de Navarra gobernadores castellanos, se obligó á salir del reino al cardenal Albret, obispo de Pamplona.

Unióse este desaire, que aumentó el pretesto para la enemistad de la Francia, al descontento que sordamente iba fermentando en España, viendo al monarca sobradamente influido por los flamencos y desatento á las representaciones de sus pueblos: por último los sucesos de Italia, y conspiracion de Palermo contra el virey Hector Pignatelli, á cuyo alboroto quedó el nombre de *vísperas sicilianas* completaban el triste cuadro de los principios de este reinado mas y mas ennegrecido despues por el incendio que la heregía de Martin Lutero preparaba en Alemania. La muerte de Maximiliano, cuya corona imperial confirieron á Carlos los electores en Francfort, confirmándosela muy luego el papa, acreció de todo punto la rivalidad entre el nuevo emperador y el rey de Francia, pues Francisco aspiraba ansioso á aquella dignidad, y aunque en tono festivo y jovial habia dicho: *el que alcance esta dama que ambos pretendemos será sin duda el mas dichoso, pero el otro deberá conformarse con su suerte*, el tiempo demostró que estaba muy lejos de tal conformidad, y que no perdonaba tampoco el haber tentado tantas veces inutilmente la restitucion de la Navarra á la casa de Albret, á pesar de haberse convenido en remitir este negocio a un congreso celebrado en Mompeller, donde nada se concluyó entre los plenipotenciarios de ambas partes, porque ninguno de los dos monarcas quiso ceder de su derecho.

Llegó en esto el año de 1520 en que tuvo principio la guerra civil que afligió á España. Los valencianos fueron los que empezaron á alborotarse contra la nobleza; armadas las hermandades de artes y oficios y unidas entre si con el título de *germanía* cometieron algunos desmanes que lejos de remediarse se aumentaron, con haber confirmado el rey á los agermanados sus privilegios, como en despique del desaire que el clero y la nobleza le habian hecho en las córtes convocadas en Valencia, só pretesto de que el monarca en persona debió ir á presidirlas, y no haber enviado al obispo de Tortosa.

Estaba Cárlos resuelto á pasar á Flandes, pero antes convocó las Córtes en Santiago de Galicia, cosa que desagradó por no ser usada, y uniéndose esto al disgusto producido por la noticia de partirse de España, al odio contra los flamencos, y al descontento causado por haberse dado muchos destinos á extranjeros, originó gran fermentacion de alborotos que empezaron á estallar en Valladolid, adonde Cárlos se trasladó desde Cataluña, y de donde salió precipitadamente no sin riesgo de su persona. Difícil es disculpar la conducta impolítica del nuevo emperador en esta ocasion, pues que su primer cuidado debió ser aplicarse á investigar las causas del descontento general, para removerlas en bien de un pueblo, que por leal, generoso y esforzado ha merecido siempre todo el cariño de sus reyes, y que una vez rotos los diques de la prudencia no suele ser muy sufrido: cegaban sin duda al monarca los que le rodeaban, y las cualidades de extranjeros y codiciosos no los hacian ciertamente muy aptos para consejeros.

(Se continuará).

TEATROS.

BARBARA BLOMBERG, drama histórico original: por *Don Patricio de la Escosura* (1).

Ya que los hechos históricos se han de poner en escena, ya que las antiguas crónicas se han de convertir en abundante repertorio y frondosa almáciga de asuntos dramáticos, nosotros preferiremos siempre aquellas composiciones, que ajustándose en lo esencial á la verdad de la historia, solo concedan al arte la facultad de embellecer y adornar el asunto principal, sin desfigurarle ni adulterarle en manera alguna. No osamos indicar siquiera que esta máxima de utilidad y conveniencia debe

(1) Véndese en la librería de Escamilla, calle de Carretas.

considerarse como regla del arte, por temor de que esta palabra *regla* cause escándalo en tiempos en que, al paso que se pregonan grandes adelantamientos de ilustracion y progresos de la razon humana, el mentar la *ley* es enfadoso, el hablar de *reglas* insoportable, el nombrar los *preceptos* ridículo. Ya que no somos románticos en el sentido que dan á esta voz los clásicos; ya que no somos clásicos en la acepcion en que toman la palabra los románticos, evitemos disputas y denominaciones de partidos; no contrariemos á los que se empeñan en sostener que hay un arte sin reglas, y proclamando la misma eterna verdad con diferentes palabras, bauticemos á las reglas y preceptos con el nombre ya apuntado de máximas de utilidad y conveniencia. Deciamos, pues, que consideramos como una de ellas el que en el drama no se altere un punto la verdad de la historia, ni en cuanto á lo sustancial del hecho, ni en cuanto al carácter de los personages, ni en alguna al fin de las circunstancias esenciales; de otra manera, no solamente se imbuirán al pueblo multitud de lastimosos errores, y equivocaciones ridículas, sino que evidentemente se desvirtuará el interes en la parte ilustrada del público espectador. Y para que se vea que ni en este ni en algun otro de nuestros principios somos intolerantes y exagerados, de buena gana damos ensanche al poeta para dejar correr su imaginacion en cuanto no pueda perjudicar á aquel saludable objeto; razon por la cual, no solo perdonamos, sino que aplaudimos al Sr. Escosura el haberse apartado del comun sentir de varios historiadores que nombran á Bárbara Blomberg como madre de Don Juan de Austria. El autor por el contrario, apoyándose en algunas opiniones de que no fue esta la verdadera dama de Carlos V, se ha valido de esa obscuridad y dudas en que está envuelto un hecho, no muy importante en sí, para inventar su accion y hacerla interesante.

Supone, pues, que el emperador galanteaba á una dama principal de Ratisbona llamada Blanca con la cual se hallaba unida Bárbara Blomberg por estrechos vínculos de amistad, y aun por obligaciones de reconocimiento, la cual dama aunque se la nombra duquesa es con la precaucion de callar su título por no mentir un nombre, ó manchar la reputacion de casa alguna conocida de Alemania, alterando notablemente la verdad histórica. La ausencia del duque, marido de esta señora, favorece su trato secreto con el emperador, y Bárbara confidente de estos amores, frecuenta por causa de ellos el Real palacio, dando ocasion su libre entrada y reiteradas visitas á que los cortesanos primero y el vulgo despues la presuman objeto de la pasion del monarca. Por aquel tiempo habian tomado las armas los sectarios de Lutero, y castigado su rebelion en algun encuentro, Blomberg, padre de Bárbara, que combatia entre los faciosos cae prisionero, y Roberto hermano del duque, y amante correspondido de la misma Bárbara, logra escapar, volver secretamente á Ratisbona, é introducirse en el palacio y hasta la cámara misma del emperador, en un momento en que se hallaba Bárbara sola dentro de ella. No es muy verosímil semejante introduccion, puesto que la confusion de un palacio pueda hacerla posible, mas el espectador pasa gustoso por la inverosimilitud ocupada su atencion por el interes que escita aquella situacion. Roberto vencido como rebelde, humillado como vencido, zeloso como amante, ve confirmados los rumores que le han hecho temer la infidelidad de Bárbara con verla en la habitacion de su rival, que es al mismo tiempo enemigo suyo y de su creencia, su rey, su dueño, árbitro de su suerte y de su vida. La consternacion de la infeliz doncella, la desesperacion del celoso rebelde se pinta muy bien en el espresivo dialogo de esta escena, de que copiaremos por muestra algunos versos.

Bárb.—¿No sabes que el César está en Ratisbona?
¿Ignoras que es esta....
Rob. — Su estancia: lo sé.
Aquí sus hazañas, su gloria corona,
robando á un proscrito, malvada, tu fé.
Bárb.—¿Roberto, qué dices? ¿Yo serte traidora!!
Rob. —¿Negarlo pretendes, y viéndolo estoy!
Bárb.— Si vienen....
Rob. — Qué importa? Tú sígueme ahora,
infiel, ó lo juro, de aquí no me voy.
Bárb.— Véte: de tu hermana te ampara. Te sigo:
en breve á tu lado, mi bien, estaré.
Rob. —Bárbara, yo salgo, ó muerto ó contigo.
Bárb.— Al César espero.
Rob. — Tambien le veré.
Bárb.— ¡Tú verle, insensato! ¡Tú verle, proscrito.
Roberto, al verdugo, tu cuello darás.
Rob. —Ya tú me vendiste.
Bárb.— Que no, te repito.
Rob. —Pues qué...!
Bárb.— Te lo juro.
Rob. — ¿Qué pruebas me das?
Bárb.— Mil... las que tú quieras..., mas hora imposible
será que te diga.... primero es huir.
tu vida, Roberto, en riesgo terrible
está: no descanso sin verte salir.
Rob. —En vano me arguyes: ó muerto, ó contigo:
lo sabes, es vano conmigo luchar.
Podrá aniquilarme destino enemigo,
mas nunca mi frente soberbia humillar.
(*Siéntase en el sillon del emperador*).
¿Me ves qué tranquilo? Pues sé que esta silla
se puede en cadalso tal vez convertir.
(*Pone la mano de Bárbara sobre su corazon*).
Mira: no palpita, y está la cuchilla
pendiente de un hilo.— ¿Me quieres seguir?

Este altercado continua, hasta que volviendo el emperador los sorprende, se admira, pregunta... "Soy rebelde y luterano» responde el despechado y orgulloso Roberto, acude la guardia, llévanle preso: "Señor, dice Bárbara congojosa y suplicante, que es deudo de Blanca» Este nombre y algunas palabras del emperador hacen esperar que Roberto escapará al merecido castigo. En efecto es asi; pero el celoso mancebo, viéndose libre, lo achaca á criminal influencia de su amada, y apenas desvanecida esta sospecha con las caricias de ella y las persuasiones de su cuñada, viene á resucitarla y confirmarla una carta dirigida á Carlos escrita toda de puño de Bárbara, aunque con el fin de que Blanca la firmase. Pediale en ella gracia para Roberto, pero lo pedia la enamorada del monarca, su amiga, su manceba, y esta mujer envilecida es Bárbara á los ojos de Roberto, sin que haya motivo de dudarlo: asi es que en todo el transcurso del drama, hasta el desenlace permanece en esa creencia, y sus celos, y su deseo de venganza son el resorte principal de la accion. Para satisfacer aquel deseo espia la casa de su hermano donde tambien vive Bárbara, y ve entrar en ella á deshora de la noche al emperador. Recibe á este Blanca y entre sus amorosos coloquios trata de alcanzar gracia para Blomberg, prisionero con otros luteranos como ya queda dicho, pero hallando al monarca inflexible á todas sus súplicas y á los halagos de su ternura, echa mano del recurso mas eficaz, diciéndole algunas palabras al oido. Con este ingenioso medio se salva el decoro teatral, y el espectador infiere muy luego por los transportes de júbilo del amante cual ha sido el misterioso secreto. En tan crítica situacion se hace pre-

ciso salvar el honor de Blanca que es casada, y á este fin el emperador llama á Bárbara y la propone que pase en las apariencias por madre de su hijo: cosa que al pronto resiste, como era natural, pero instada y comprometida cede al fin y se somete jurando ademas un inviolable secreto. Ciertamente que este paso contradice en algun tanto el caracter noble, elevado y generoso de Carlos V sostenido en todo el curso del drama, y pone á los tres personages en una situacion degradante, pero á esas y mayores debilidades é inconsecuencias se espone el hombre cuando se deja llevar de las pasiones; asi como la humillacion de las dos amigas está bien merecida, y puede reputarse como una leccion moral para los que pudieran incurrir en la culpa de la una y en la complicidad de la otra. El poeta se ha esforzado aqui á salvar la inverosimilitud, no menos que á aumentar el conflicto de Bárbara, pues hallándose sola con el emperador, porque el rubor de Blanca ha obligado á esta á retirarse de la escena, salta por una ventana el celoso Roberto, y viendo confirmados sus recelos, acomete á Carlos; pero este se defiende y le desarma, teniendo en seguida la generosidad de dejarle ir libremente.

Cada vez mas enconado y furioso el amante de Bárbara, escita el enojo de Blomberg revelándole que el soberano ha seducido á su hija, enciende en los demas rebeldes el deseo de continuar la guerra, y arma una celada, donde cayendo el emperador, Bárbara y Blanca hubieran sido todos sacrificados á su venganza, á no haberse interpuesto el anciano Blomberg, y acudido algunos caballeros y monteros en su defensa. Carlos tiene otra vez la magnanimidad de perdonar á los conjurados, escepto á su gefe Roberto, que de nuevo es conducido á su prision terminando aqui el acto tercero.

En el cuarto se supone ya nacido el fruto de los amores del emperador con Blanca, el célebre Don Juan de Austria; el augusto padre, confia su crianza y educacion (lo cual es histórico) al honrado Don Luis Quijada, Señor de Villagarcia. Ocupan este último acto las plegarias de Blomberg al emperador para que le devuelva á su hija, á quien cree perdida, y las de esta para que otra vez dé libertad á Roberto. Estrechado Carlos por sus instancias, compadecido de sus lágrimas, conjurado *por la vida del tierno infante que le acaba de dar el cielo*, cede á sus impulsos generosos, y no solo satisface á Blomberg, y no solo perdona á Roberto, sino que consiente en hacer saber á este por su misma boca que Bárbara está inocente. Convencido el infeliz amante, vencido por la generosidad y clemencia del César, humillado á los ojos de todos, conoce su engaño.... pero ya tarde: en su desesperacion se habia envenenado.... espira en la escena á vista de Carlos, de Blomberg y de Bárbara.

Se vé, pues, por este estracto del drama que nos ocupa, que la accion es interesante, que la verdad histórica no está alterada, que hay situaciones dramáticas, caracteres contrapuestos y bien sostenidos, conocimiento del corazon humano y bella versificacion: asi es que agradó generalmente, y su representacion se sostuvo por algunos dias. Sin embargo, forzoso es confesar que Bárbara Blomberg no es una composicion de grande efecto á pesar de sus muchas bellezas. Investigando la razon de este, por decirlo asi, fenómeno literario, hemos creido hallarla en lo mucho que el interes se divide porque la misma perfeccion con que estan dibujadas las figuras hace que todas resalten igualmente en el cuadro: el carácter grandioso, casi heróico de Cárlos V. le hace parecer el héroe de la pieza, y como ya el público se halla preparado, hasta por el título, á considerar como tal á Bárbara Blomberg, vacila su atencion y se disminuye el efecto: tampoco nos parece que hay en la catástrofe la necesaria preparacion para hacerla capaz de conmover fuertemente el ánimo del espectador; esto sobre ser lo del veneno demasiado trivial y repetido. Si á estas observaciones se añade la costumbre ya adquirida de presenciar en el teatro escenas borrascosas, horrendos crímenes, y hechos escandalosamente asquerosos y terribles, parece que podrá esplicarse muy naturalmente la razon de haber pasado este drama con mucha aceptacion sí, pero sin grandes y extraordinarios aplausos en la parte del público menos inteligente.

La egecucion fue buena; y entiéndase que no decimos perfecta. El Sr. Latorre vestido con notable propiedad (como la mayor parte de los demas actores) nos representó muy al vivo al ilustre padre del héroe de Lepanto: el autor que ha copiado fielmente de la historia la fisonomía de aquel valiente, magnánimo y caballeroso monarca ha hallado en el actor un fiel intérprete de su pensamiento. El Sr. Romea en el papel de Roberto, la Señora Diez en el de Bárbara no han desmentido su bien merecida reputacion. Sin embargo en nuestro sentir debiera haberse dado mas realce á ciertas escenas, mas espresion á ciertos afectos, mas valor á ciertas espresiones supuesto que en ciertas pequeñeces y tildes casi imperceptibles consiste la perfeccion del arte, y estriba el éxito de una obra dramática.

Hemos dicho en su lugar que la versificacion es generalmente sonora y fluida, y no queremos dejar de añadir á los versos ya copiados como prueba de ello algunos otros. Blomberg agoviado por la noticia de que su hija ha rendido su virtud al César tiene en el tercer acto el siguiente monólogo:

> Dios de Abraham, cuya bondad inmensa
> al último reptil del mundo alcanza;
> á quien el coro de ángeles inciensa
> y entona eterno canto de alabanza;
> tú, Señor, de los débiles defensa;
> tú, fuente de consuelo y de esperanza:
> misericordia tén de un sin ventura
> que te plugo sumir en la amargura.
> Padre del unigénito Cordero
> que por nosotros descendió á la tierra,
> si llamarme ante tí quieres severo,
> pronto estoy, que la muerte no me aterra.
> con fé la vida perdurable espero.
> Mas tú vés cuanta angustia aquí se encierra;
> ó hiere ya, Señor, mi anciana frente,
> ó vuélveme á mi Bárbara inocente.

El diálogo en que Bárbara pide al emperador por Roberto en el último acto concluye de esta suerte:

> *Bárb.*— ¡Morir en un suplicio!.. Perdonadle:
> viva, y que vaya á climas tan remotos
> que no podais temer...
> *Emp.*— ¿Qué estais diciendo?
> Apenas sé si temo al Dios que adoro...
> El me perdone: que no sé que digo.
> Su vida piden la justicia, el trono:
> un tribunal le juzga.
> *Bárb.*— Y le condena.
> *Emp.*— Dios al juzgarle mírele piadoso.
> *Bárb.*— No olvidareis que soy una infelice,
> que por vos ha perdido hasta el decoro;
> que puedo hablar y callo; que inocente
> sufro la pena que debieran otros.
> Que á mi padre tal vez debeis la vida....
> *Emp.*— Mil veces ya me lo dijisteis todo.

Bárb.— Y otras mil lo diré.— Y el sin ventura
á quien airado apellidasteis monstruo,
por mi su crímen cometió, creyendo
que fui perjura á mis primeros votos.
Vos al abismo le llevais... ¿qué digo?
Yo no os quiero injuriar.— sed generoso.
Por el tierno querer de vuestra madre....
(*Arrodillándose*)
Mirad, á vuestras plantas ya me postro:
así del tierno infante que os dió el cielo....

Emp.— (*Levantándola*).
Callad, señora.

Bárb.— Por su vida imploro
una vida tambien: por vuestro hijo!

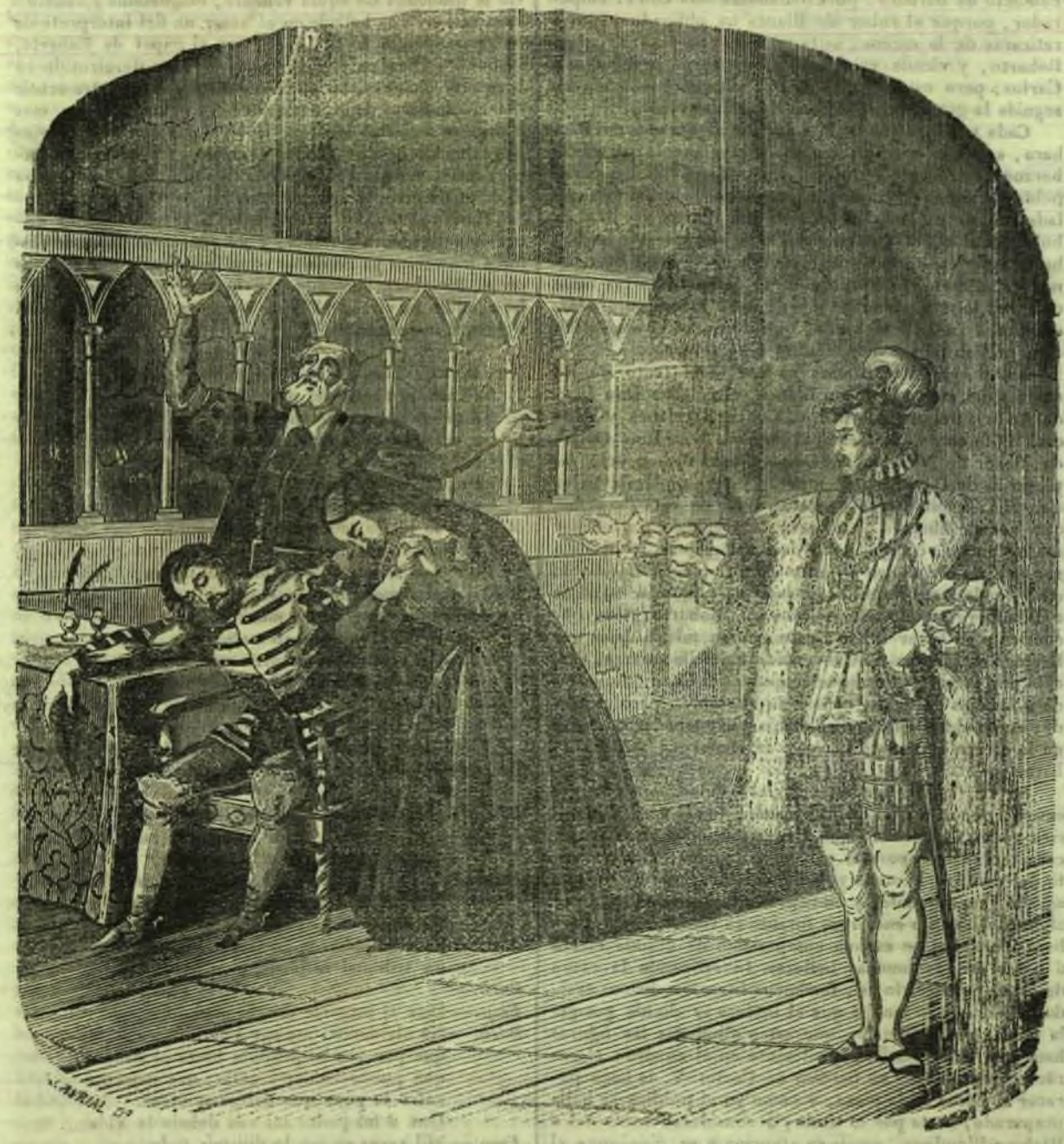
Emp.— Callad.

Bárb.— ¿La concedeis?

Emp.— Sí, le perdono:
que por la vida dél diera la mia.
Mas escuchad la condicion que pongo. etc. etc.

Concluimos este artículo presentando á nuestros lectores en el siguiente grabado la escena final del drama, fielmente copiada por uno de nuestros dibujantes, gracias á la bondad con que los actores se prestaron á que se pudiese rectificar el bosquejo á la vista de sus mismos trages y actitudes.

S. el E.



MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN, EDITOR.